

Relatos sin un Recuerdo

Manuel Bencomo Díaz

Ya llevaba un buen rato buscando ese sitio que tanto ansiaba, cuando de repente... Bueno, comencemos desde el principio.

Amanecía un nublado día en la Europa del siglo XX. Eider junto con su padre Brecker, el almirante de la división terrestre danesa, se mudaba a una nueva casa en Copenhague. El joven chico solo tenía nueve años, o más bien ocho y medio; pero irradiaba una curiosidad por el mundo casi inhumana. Todo lo contrario a su padre, quien tras haber sido encargado de organizar la defensa contra un posible ataque nazi, permanecía continuamente centrado en su trabajo.

Eider, siempre con su mirada de asombro, amaba su nuevo hogar. Era una colosal mansión de cuatro pisos, con paredes de piedra que se abrían para dar paso a ventanales inmensos; solo al alcance de unos pocos. Su tejado de pizarra y chimeneas de varios metros de altitud le daban un aspecto imponente, pero que no se comparaba a la majestuosidad de aquel roble. Un árbol cercano a la casa que con sus titánicas dimensiones, te permitía ver toda la ciudad desde lo alto de sus gruesas y robustas ramas.

Tras unos días, ya Eider acostumbraba a trepar por aquellas hojas. Se había apropiado de un hoyo en la rama más alta, donde pasaba gran parte de su solitario tiempo.

Usualmente robaba la pluma de su padre, pues era un amante de la escritura que más veces de las que le gustaría, rompía los tinteros de los que disponía. Sin embargo, nada de esto podía detener su ansia por narrar en lo alto de aquel tronco milenario. Relataba decenas de historias sobre cómo imaginaba el mundo más allá de la puesta de sol, de las criaturas fantásticas que podría albergar esa tierra prodigiosa; a la que su padre acudía con frecuencia. Lo que nunca pensó fue que ese mundo que él imaginó perfecto, se le vendría encima con una crueldad jamás vista por sus ojos.

Una mañana Eider despertó rápidamente tras los gritos de su padre. Él no entendió nada en ese momento, pero las sirenas que posteriormente empezaron a sonar lo asustaron.

Mucha gente corría despavorida por la calle, otra cerraba sus casas con llave, todo mientras algunos gritaban “¡Bombarderos!”. Brecker, como un rayo, agarró a su hijo y trató de llevarlo hasta un todoterreno que se acababa de estacionar frente a la casa. El aterrado crío se soltó, e intentó coger las historias que el día anterior había enterrado junto al roble para que no se las llevase el viento. No lo consiguió, ya que su padre lo empujó hacia el vehículo que lo llevaría muy lejos, teniendo Eider como último recuerdo, una bola de metal que al chocar con su casa hizo un ruido ensordecedor.

- 60 años después... -

Tras la muerte de su padre, Mikel abrió su caja de herencias. No fueron fotos ni joyas lo que captó su atención, sino una dirección apuntada en un viejo papel.

Con curiosidad, se dispuso a salir por primera vez del país para visitar aquel extraño lugar. Viajó por días hasta llegar a Dinamarca.

Ya llevaba un buen rato buscando ese sitio que tanto ansiaba en la capital, cuando de repente, se detuvo. El lugar marcado estaba totalmente vacío, a pesar de estar en medio de Copenhague. Solo sobresalía un viejo tocón de esa llanura desolada. Mike , sorprendido por su tamaño se acercó. Lo contempló confuso durante un buen rato, hasta que al lado de una de las raíces, un pequeño papel sobresalía.

El texto era en él escrito era casi en su totalidad ininteligible, se había dañado con los años y la lluvia. Pese a esto, sí que pudo leer una palabra en la parte inferior del papiro. “*Eider*”.